

como tal Prior y Vicario Provincial, quinientos pesos en reales de que se dio por entregado, renuncio leies de la entrega y su prueba y esepcion de la Renuncia y denttro de un año desde oy sele ande dar un mill dossientos y sinquenta pesos y la restante cantidad denttro del año siguiente cumplimiento a los dos en que a de dar acabada dha obra—Y dho Padre Presentado por sy y en nombre de dho convento y religiosos que del son y adelantelo fueren por quienes presta Vos y caucion de ratto gratto, obliga a dho combentto a pagar a dho Mro. los dhos un mill dos cienttos y cinquenta ps. y a la persona que representare su dro denttro de dho año y la restante cantidad cumplto. a la deste consiertto denttro del año siguiente conforme la fuere pidiendo en reales y por defecto de no hazerlo tiene por bien que dho Mro proceda a su cobranza por rigor de exon. o como mas combenga y por las costas de su cobranza y assi mesmo obliga a dho Combentto aque a su costa se pondran en dha Ciudad de Mexico y en casa de dho Mro los dhos Santtos de talla que oy tiene el corateral que sirve en dha igelesia y a la firmeza obligaron el dho Rdo. Padre Pressdo.

Prior y Vicario Provincial los Vienes y Rentas de dho convento y el dho Mro. su persona y los suos avidos y por aver dieron poder a las Justicias que de sus causas y de dho Convento conforme a dro. puedan y devan conocer para que a ellos les apremien como por sentencia pasada en coas juzgada, renunciaron leies de su favor y la general del derecho—Y el dho Padre Presentado, Juro in berbo saserdotis en anima de dho convento que entiende bien el efecto desta escriptura que contra su thenor y forma no se opondra por el privilegio de la memoria que le assiste pidiendo beneficio de Restitussion in integrum y deste Juramento no se pedira absolucion ni Relajassion a ninguno Jues ni prelado que se la deva conseder y si de oficio el de otra manera se le consediere no usara de ella aunque sea para ser oida en Juicio pena de no serlo y de caer en casso de menos valer, y lo firmaron, testigoss Miguel de Aviles escrivano Real, Juan de Orrego y Gregorio de Aviles vecinos desta Ciudad, fray Juan de Gorozpe, Presentado, Prior y Vicario General (Rubrica); Pedro Maldonado (Rubrica); ante mi, Pedro Gomez de Prado, Escrivano Real y Publico (Rubrica).

TRAYECTORIA DE LA UNIVERSIDAD

Por SALVADOR TOSCANO

“Nosotros no queremos que en el templo que se erige hoy se adore una Atena sin ojos para la humanidad, y sin corazón para el pueblo dentro de sus contornos de mármol blanco; queremos que aquí vengan las selecciones mexicanas en teorías incesantes para adorar a Atena promakos, a la ciencia que defiende a la Patria”.

JUSTO SIERRA.

CUANDO en septiembre de 1910 el maestro Justo Sierra pronunciaba el discurso oficial en la inauguración de la Universidad Nacional de México, se planteaba este problema que él mismo habría de resolver con visión incomparable: ¿Sur-gía una nueva Universidad o se restauraba la vieja Universidad?

Decía Justo Sierra: “¿Tenemos una historia? No. La Universidad que nace hoy no tiene árbol genealógico; tiene raíces... Si no tiene anteceso-

res, si no tiene abuelos, nuestra Universidad tiene *precursores*: el gremio y claustro de la Real y Pontificia Universidad de México no es para nosotros un antepasado, es el *pasado*”. Y en estas palabras, mezcla de incomprensión y de justicia, de orgullo y de descastamiento—brotadas en una época todavía incapaz de mirar amorosamente nuestro pasado— resume Justo Sierra la realidad mexicana, fija siempre en el porvenir. La muerte de esa Universidad no habremos de sentirla en un pueblo joven, porque éste, como los árboles, florece siempre en el tiempo propicio. En México, más que en parte alguna, la Universidad vive destruyéndose minuto a minuto, para recrearse en el sentido definitivo: 1929, 1933, 1935.

Pero la Universidad que nació en la época de Justo Sierra, ambiciosa, llena de significación espiritual, inmune a la afrenta, confesaba tener una

raíz, un precursor, un pasado. Y a la inteligencia de esta fórmula del maestro, habrá siempre de aspirar esta Universidad que vive recreándose día a día, que florece y se despoja de sus mejores frutos.

Pero la Universidad Colonial es para nosotros, hoy más que nunca, un precursor, una raíz, un pasado. Murió en definitiva—y sentimos su muerte como necesaria—porque fue el resultado, no por cierto imprevisto de la trayectoria nacional: morían las últimas caudas coloniales y surgía una nueva realidad, orgullosa de su presente, injusta para un pretérito cercano.

La Universidad Real y Pontificia había nacido como la obra cimera del educador de la contrarreforma, y con ella habría de morir. Su neoescolasticismo, que lo era el de Suárez brillantemente entronizado por Fray Alonso de la Veracruz, coronó la obra española durante más de dos siglos. Cuando Carlos, Emperador universal, funda la Universidad en 1553, crea la arista definitiva de la Nueva España. Allí la cultura criolla, escolástico-barroca, se habría de expresar en los nombres ilustres, cuyas almas se han apoderado de nosotros con ímpetu ciego, de Fray Alonso, Cervantes de Salazar, Sigüenza, Kino, Clavijero, Alegre, Gamarra, León y Gama, Veytia, Bartolache, Alzate, espíritus cuya voluntad dispersa es como el numen que alimenta y vive en los recios edificios de San Ildefonso, Minería...

Aquella Universidad vivió más de tres siglos. Inconmovible, sin que siquiera el *siglo de las luces* y el racionalismo rasgaran su superficie. Entonces murió, murió de muerte natural. Años anteriores y decisivos aquella Universidad había transitado brillantemente del escolasticismo de Fray Alonso, al cartesianismo de Gamarra; entonces era un cuerpo vivo. Pero cuando el racionalismo penetra en todos los espíritus, aquel edificio envejecido parece no entender los tiempos nuevos, y no se robustece en la lucha sino sucumbe. De sus apretadas filas salen sus más destacados enemigos; resalta entre ellos el Doctor Mora, el precursor y el cerebro más claro de la Reforma Liberal: éste fue la piqueta demoledora. Hoy día, aprendices de Mora sin talento, creen dar muerte a nuestra Corporación, sin entender previamente que el aniquilamiento de la misma es el supuesto en que descansó la extinción de la Nacional y Pontificia en 1833.

De entonces a 1865, en que muere definitivamente, su suerte está ligada al partido político en el poder. Es su época de pasión y miseria. En 1834 el hombre fuerte de Manga de Clavo la restaura, y Alamán le da vida todavía hasta 1857. En este año el Partido Liberal en el poder, Comonfort a la cabeza, vuelve a terminar con ella.

Y un año más tarde, 1858, nuevamente es restaurada por el Gobierno de Zuluaga y Miramón. Eran los años tumultuarios que precedieron a la Guerra de Tres Años; la Universidad entra en agonía definitiva: en 1861, el Gobierno de Juárez clausura por tercera y última vez la Universidad Nacional y Pontificia. Ya ni siquiera al advenimiento del Imperio se la intenta restaurar, y es el propio Maximiliano quien en 1865 le da muerte definitiva: "lo que en la Edad Media se llamó Universidad ha llegado a ser hoy una palabra sin sentido". Moría, pues, porque fatalmente estaba condenada a morir, porque ya no era la "Casa de Aprendizaje Universal" que quería Newman; no fue asesinada en flor, no fue destruida por la barbarie, murió en la más opaca de las oclusiones, murió porque se aniquiló en una irresoluble contradicción.

La Universidad se pierde para México cuando incapaz de renovarse en el racionalismo, se encontró con las ideas vivas y fecundas de la época; cuando incapaz de acomodarse a ellas o superarlas, enquistó sus fuerzas en el culto romántico del pasado. Sólo años más tarde, al llegar de París Gabino Barreda, el discípulo de las cátedras de Comte, con su bagaje de filosofía positiva a entronizar el método experimental como filosofía oficial, parece renacer la Universidad en sus colegios y facultades dispersos—integrados en Universidad más tarde por Justo Sierra— completando así el tránsito de México: ayer escolástico, más tarde cartesiano, hoy positivista.

* * *

En 1910 los nombres ilustres del humanismo atlántico vuelven remozados a México, eran los días en que Justo Sierra fundaba la Universidad Nacional de México, y en que en las entrañas de nuestro suelo se agitaba ya la Revolución Mexicana. Pero Justo Sierra entendía lo cambiante del momento, y es ejemplo vivo del arquitecto futuro, cuando después de un elogio del método positivo, pronuncia estas palabras en que habla el revolucionario y el humanista: "Una figura implorante vaga hace tiempo en derredor de la *templa serena* de nuestra enseñanza oficial: la filosofía; nada más respetable ni más bello. Desde el fondo de los siglos en que se abren las puertas misteriosas de los santuarios de Oriente, sirve de conductora al pensamiento humano, ciego a veces. Con él reposó en el estilóbato del Partenón, que no habría querido abandonar nunca; lo perdió casi en el tumulto de los tiempos bárbaros, y reuniéndose a él y guiándolo de nuevo se detuvo en las puertas de la Universidad de París, el *alma máter* de la humanidad pensante, en los siglos medios;

esa implorante es la Filosofía, una imagen trágica que conduce a Edipo, el que ve por los ojos de su hija lo único que vale la pena de verse en este mundo, lo que no acaba, lo que es eterno”.

Si la Universidad Nacional de México, al hacerse ley la Revolución en el año de 1917, no murió, fue justamente por este nuevo humanismo isócrono a las teorías sociales postuladas por los revolucionarios de México; este humanismo que previó con mirada genial el Maestro Justo Sierra, y que habría de completar la generación del Ateño, Caso y Vasconcelos.

Hoy no es una duda para nadie que, en cierto aspecto, la Revolución mexicana fue antiliberal. Lo fue en lo que se refiere a la economía, es decir, en lo único que se puede ser antiliberal: contra el dejar hacer y el dejar pasar en la industria y en la propiedad; pero no lo fue, y esto es timbre de orgullo para nosotros, en materia educativa. El pensamiento, después de la Revolución, siguió siendo libre.

La Universidad, por esta razón, pudo conciliar el humanismo naciente con los ideas sociales de la época. Y por ello su lucha por la libertad, desde que nació, estuvo implícita en ella: esta lucha no es la obra de una generación, es el impulso de la Universidad durante cerca de un cuarto de siglo. La autonomía era un rebeldía, en parte contra la degradación del Estado, en parte para poder satisfacer plenamente su tarea: empezó en 1915 y terminó en 1929.

Pero esta Universidad no podía ser, aún después de la consecución de su autonomía, la feliz y tranquila Universidad al modo europeo, el sitio de aprendizaje universal como Oxford, Leipzig, Heidelberg, Lovaina. Nuestra Universidad tumultuaria es, como aseguraba Alejandro Gómez Arias, *espejo fiel de una patria que vive a caballo*.

* * *

La situación de la Universidad, sin embargo, a la clara luz de la opinión pública, atraviesa por su crisis definitiva los años de fronda de 1933. Para la Universidad se planteaba el problema de una filosofía adaptada a la época y, como punto de partida, se escogía el materialismo histórico. Los grupos que entonces lucharon contra este intento, lucharon en sentido diverso: los liberales y un sector católico, contra la tesis misma; los comunistas, contra la demagogia y subversión del orden, pues “a un Estado marxista habrá de corresponder una Universidad marxistas”, y no precisamente a la inversa.

Se planteó la lucha, pues, en el Congreso de Universidades, no como una lucha contra la Universidad, sino por su renovación. Pero a los ojos vigilantes de los jóvenes se abrían perspectivas

diversas e irresolubles. Todavía vibraban en el ambiente aquellas luminosas palabras del Maestro Justo Sierra, abriendo las puertas a la Filosofía. Dogmatizar, en cualquier sentido, era cerrarla nuevamente para su función, porque ésta lleva implícita la idea de la libertad. No se concibe sin su previa autonomía en el pensamiento y en su administración; su función, ya definida por nuestro Estatuto no se realizaría sin su libertad: transmisión de enseñanza, es decir, eficaz docencia y eficaz capacitación profesional; investigación y creación de valores culturales, por medio de sus Institutos; y extensión universitaria, porque la Universidad no es el recinto frío “patria ideal de hombres sin patria”, el laboratorio inerte, que no tiene “ojos para la humanidad y corazón para el pueblo”, sino la Corporación viva que derrama ese patrimonio minoritario sobre la Nación misma.

En 1933 la Universidad entra en la lucha definitiva; en 1934 hace crisis esta situación, pero si entonces no fue resuelta su ruta y si la Universidad no coronó grandiosamente su lucha, se debió más que todo a la indecisión de sus autoridades. De esta manera sólo se aplaza la crisis definitiva para 1935, época en que el grupo entonces más destacado la abandona a su propia suerte y grupos más jóvenes y decididos arrancan su timón en pleno naufragio. Libertad, humanismo, extensión social: una nueva Universidad ha nacido y nuevamente la sombra majestuosa del Maestro Justo Sierra vuelve a reconocer su tronco universitario.

Limpia bandera esta la del humanismo, bandera que es la de la nueva Universidad, que es la de Justo Sierra: Universidad Escolástica, Cartesiana, Positivista, Humanista. Un justo y ponderado humanismo, fuera de la demagogia materialista, fuera del humanismo confesional de los grupos que precedieron. Porque a la estéril discusión acerca de la separación de la Universidad y el Estado o la Universidad como órgano del Estado, sólo podemos responder que es en la armonía de ambos como las tareas se hacen menos estériles; así como pensamos que no es en la destrucción de una clase, sino en su armonía, como la vida se vuelve profunda y creadora.

Las Universidades que murieron en México, murieron porque fueron incapaces de acomodarse a las ideas sociales de la época, o porque no pudieron superarlas. Pero ésta, que ha nacido por los impulsos generosos de los jóvenes, quiere superar la realidad presente y buscar sus rutas en sentido definitivo: ayer *Escolástica, Cartesiana, Positivista, Humanista*. ¿Y mañana? La respuesta habrá de brotar de las reservas jóvenes y mexicanas de nuestro Suelo.

EL CUENTO PREMIADO

“FRACASADO”

P o r

J O R G E
A D A L B E R T O
V A Z Q U E Z

Entre los numerosos trabajos presentados al Concurso Permanente de Cuentos y Ensayos, convocado por “Universidad”, hízose acreedor al primer lugar, a juicio de la Redacción de la Revista, el intitulado “Fracasado”, cuyo autor resultó ser el señor JORGE ADALBERTO VAZQUEZ, de quien ya, en estas páginas, habíamos publicado un estudio sobre Garcilaso.

AL tornar del cementerio, después de haber dado la última despedida al amigo, muerto trágicamente, en forma accidental y extraña, me sorprendió su carta póstuma, quirografiada con aquellos caracteres menudos y enérgicos que revelaban su personalidad sobresaliente. El sello de la oficina de depósito mostraba en su leyenda: “Suncursal “B” —14 May. 36— 10.30. —México, D. F.”— Justo, la hora en que cayera, para no levantarse más, en el esplendor de sus veinticinco años, una de estas mañanas radiosas, propicias al despertar de los más inciertos optimismos. La abrí apresurado, con la sorpresa natural de recibirla, sin explicarme su retardo ni el por qué de esas líneas insólitas entre quienes nos veíamos día con día. Su texto, íntegro, era el siguiente:

“Amigo mío: Escucha este relato. Podrá servirte en uno de tus cuentos, para los cuales buscas, tenaz y afanoso, el documento humano. Utilízalo como quieras. Refuerza los “oscuros”, pero ¡por Dios!, no vayas a enturbiar los “claros”. Son tan pocos, que corren el peligro de fundirse, anticipando la sensación de la sombra inmanente en que también nosotros habremos de fundirnos. No vayas a hacer trágico lo que es tan sólo inocuo. Pinta una vida vulgar, como son todas las que no corresponden a seres de excepción. Ni siquiera se inicia con las palabras de ritual: “Este era un rey...” Comienza simplemente:

...Sentí mi primer deslumbramiento poético, allá, en mis andanzas cuasi infantiles por los libros clásicos, al tropezarme, inopinadamente, con los endecasílabos inolvidables:

“Flérida, para mí dulce y sabrosa
más que la fruta del cercado ajeno;
más blanca que la leche y más hermosa
que el prado por abril de flores lleno...”

Mi edad de entonces no me permitía aún penetrar en las honduras de los pensamientos, pero la música recóndita quedó vibrando largamente en mi sensorio, en el que despertó múltiples e inefables resonancias. Llegaba, poco hacía, del “Romancero”: la contextura férrea del verso octosilábico en los relatos de la epopeya cidiana; la desmañada de las leyendas hagiográficas de María Egipcíaca y Genoveva de Brabante; la artificiosa y bizarra de los episodios moriscos y los idilios pastoriles, habíanme habituado a la forma métrica más popular y accesible de la poesía española. Estaba muy lejos aún de los tratados de retórica, pero mi niñez apocada y endeble, al distanciarme de los juegos tumultuosos de la segunda infancia, me arrojó con avidez prematura sobre los libros, que devoraba sin método y sin guía. Mis diez años supieron de las peregrinaciones y descabros del Caballero Andante; de los malpasares y estrechezas de los pupilos del “Dómine Cabra”; de la vida picarezca y aventurera del escudero Marcos de Obregón, hasta que, aterrado ante la abrumadora pesadez del verso libre, campanudo y solemne, de don José Gómez Hermosilla, traductor de “La Ilíada”, —“Canta, oh Musa, la célera de Aquiles...”—, hubo de desviarse hacia el “Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno” y las “Aventuras Maravillosas del Barón de la Castaña”.

De pronto, en aquel fárrago de lecturas, las líneas luminosas. Un sacudimiento interno que me obligó a ponerme de pie y a declamarlas en voz alta. Y, al desgranarse, cada sílaba dejaba en mi lengua y en mi paladar sabor de miel sabiamente acendrada. Fue, acaso, el choque despertador de la emoción estética. ¡Qué extraños horizontes para el pensamiento! ¡Qué extraordinaria fuente de inesperadas e inagotables sensaciones! La poesía acababa de serme revelada, con

sintiéndome adivinar una lontananza en las perspectivas del espíritu, ansioso de salvar las barreras que le oponían las cosas materiales y tangibles.

A pesar de su objetividad, aquellos versos me permitieron entrever el mundo metafísico. Despertaba ya en mí el adolescente. Pronto terminaría su ciclo mi tercer lustro, que rebasaba apenas su mitad primera en el discurrir de una existencia encandilada y absorta. Pero, sensible a las sollicitaciones de una vida interna, insospechada y latente, en que bullían la sed del ideal y un anhelo no domeñado de gustar del fruto prohibido del arbol de la sabiduría, quise sondar el arcano que limitaba mi horizonte, presintiendo, de modo intuitivo, la dualidad integrante del cosmos; materia y espíritu; la noción directa, precisa, determinada por los sentidos, y esa otra vaga, indecisa, inasible, que nos induce a inquirir la *primer causa* y el *más allá* que no encontramos en las explicaciones físico-químicas de los fenómenos.

Fue, por esos tiempos, cuando se abrieron para mí las puertas del Colegio de mi Estado. Bajo sus arquerías, en un patio solemne y conventual, concluidas las clases, ambulaba en las primeras horas de esas noches tibias y bien olientes comunes en el trópico. Los naranjos, con sus copas recortadas en forma esférica, encuadraban el vasto espacio descubierta, iluminado centralmente por deslumbrante lámpara de arco de luz vívida, que hacía resaltar más la semioscuridad de los corredores, cuya penumbra, rota a trechos por mortecinas lamparillas, ayudaba a evocar un fantástico y alucinado desfile de imaginerías. Era, acaso, el último en abandonar el recinto. Gustábame sentirme solitario para meditar en los temas que venían preocupándome. Cuando, ya atardecido, abandonábamos las aulas, la mayoría, presurosa y atropellada, internos inclusive, desbordaba del portalón para derramarse por las callejuelas del jardín frontero. Y, en aquellos instantes, en que las campanas del templo contiguo goteaban, lentas y melodiosas, el toque de *oración*, la idea obsedante se posesionaba de mi pensamiento.

Poco a poco, el torcedor iba aguzándose. No me bastaba ya la poesía, camino intermedio hacia la metafísica, metafísica substancial y *sui generis* ella misma que, con sus fragmentarias intuiciones, arriba a sitios inabordables para el razonamiento sistematizado y metódico. Caí en los místicos: el Beato Juan de Avila, San Juan de la Cruz, Santa Teresa, los dos Luises, Nierenberg, fueron pasto espiritual del cuarto lustro. Por lo demás, las matemáticas, las ciencias naturales, los otros conocimientos ajenos o extraños a esa actividad men-

tal insaciable, dejaban poca huella en mi memoria. El binomio de Newton, la ley de la gravedad, la hipotenusa y los catetos, todas aquellas nociones conque me atiborraron en los primeros años de la Preparatoria, quedábanse en un rincón perdidas y olvidadas... Continuaba, latente e insoluble, el problema. Las lecturas no me dejaban ninguna certidumbre. La lontananza entrevista hacíase más y más borrosa. ¿Qué solución iba a encontrarse sin trasponer el umbral de lo desconocido, que ojos humanos no contemplaron nunca? Pero, la única puerta para llegar a él, la muerte, sólo franquea la entrada. No ha vuelto nadie del tenebroso viaje para decirnos cuáles son el principio y el fin de cuanto alienta. Acaso, allí, se nos descorra el velo. Y, entre tanto, la angustiada interrogación continúa abierta...

Fatigado de mi actitud ante el enigma, la juventud golpeándome en las venas, cedi a las tentaciones de la carne. Unos ojos verdes —¿será ese el color de los sueños demoníacos, tendrán sus fulguraciones azufrosas algún contacto con el Misterio y con la Kábala?—, me sorbieron el seso, apartándome de la senda tan empeñosamente recorrida. Y entonces, el torcedor fue otro: la Mujer. Poseyóme íntegramente. La llevaba prendida dentro de mi cuerpo, desgarrándome como esas disciplinas y cicilios que el asceta oculta bajo el sayal de jerga; la miraba, provocativa y fascinante, surgir en mi imaginación, como contempla el místico extasiado la Divina Presencia; sentía su aliento cálido envolverme, hasta que un sudor frío daba tempero a mis angustias. Oí la voz de las sirenas, pero no supe, como Ulises, tapar con cera mis oídos, y naufragué en las Sirtes.

Me salvó el desengaño. Agotadas las mieles del deleite, supe del poso acibarado del hastío. Salí del trance desencantado y maltrecho. Una honda lasitud me dominaba, mientras recorría mentalmente los episodios diversos de la existencia ida. Mis ensoñaciones, mis anhelos, mi sed inextinguible de penetrar en el secreto de la Vida, fueron vanos. Ante mis ojos, la lontananza espléndida del ayer inmediato, extendíase como una paramera interminable. Y frente a aquella desolada perspectiva, tuve la sensación de mi fracaso. Miré hacia adentro: una teoría de iconos derribados señalaba la senda hollada por el pensamiento en sus afanes investigadores; el corazón, hecho una llaga viva, decía también la certidumbre de una nueva derrota. Al diluirse el fantasma de Dulcinea entrevisto, quedó tan sólo el desfile de las vacantes que distrajerón el minuto con el amor mentido, en su ronda canallesca y atropellada. Y la inutilidad de una existencia sin aliciente y sin puerto de arribada, como un barco a la deriva, a

merced de los vientos y el oleaje, pesó en lo íntimo de mi ser, confirmando el hecho dolorosamente advertido: ¡Fracasado! ¿Para qué, entonces, el empeño de interpretación que nos de la clave de cuanto nos rodea? ¿Para qué correr tras el señuelo de unos labios que con el beso ocultan la mordedura cruel que nos desgarran?...

No tuve más iniciativa. La abulia señoreó mi destino, y quedé al margen de las cosas, como una cosa más, sujeta al devenir constante del cosmos, creyendo aún ¡ilusol!, en que, por lo menos, hay una ley que rige nuestros destinos, y en que, como

dijo el poeta:

...Tú no verás caer la última gota
que en la clepsidra tiembla.

Dormirás muchas horas todavía
sobre la orilla vieja,
y encontrarás una mañana pura
amarrada tu barca a otra ribera..."

La carta, sin concluir, era la explicación más lógica del accidente.

EL TRABAJO Y LA MUJER CAMPESINA

Por el Dr.

A. S P R E N G E L

LA cuestión de las horas de descanso para la mujer que vive en los campos es bastante árdua, toda vez que, de las mujeres que trabajan en los campos, un alto porcentaje tienen tantos quehaceres que apenas si les queda tiempo para holgar. Este asunto entraña un problema vital no solamente en Alemania. En casi todos los países nos encontramos con que la mujer campesina tiene un cúmulo de ocupaciones. Tal problema fue tratado con particular insistencia en los Congresos internacionales de educación doméstica que se han celebrado en el transcurso de la última década en Roma y Berlín, y se despertó siempre gran interés por descubrir los medios que puedan ponerse en práctica para aliviar la situación de tales mujeres.

¿A qué puede deberse el hecho de que la mujer campesina, ya sea que trabaje en sus propios quehaceres domésticos o como labradora en los campos, tenga siempre tanto que hacer? La razón se encuentra, a la vez, en la estructura misma del hogar del campesino y la de las granjas. En Alemania la mayoría de la gente campesina vive en granjas, pues de las 3.040,000 propiedades agrícolas de todos tamaños, 3.000,000 se hallan constituidas por granjas. Estas pequeñas propiedades están siempre administradas familiarmente; el padre, la madre y los hijos tienen que desempeñar todos los trabajos. Sólo las negociaciones agrícolas extensas cuentan con peones; así que en Alemania la mayoría de las granjas son

manejadas totalmente por las familias. Y sucede que los trabajos no se hallan divididos de tal modo que los hombres tomen a su cargo las labores agrícolas y las mujeres exclusivamente las domésticas. Por el contrario, la mujer tiene gran intervención en los trabajos agrícolas. Buena parte de sus horas ha de emplearlas en los campos o en los establos. En éstos, por lo general, en los quehaceres de la ordeña y atención del ganado pequeño. Y véase en esto, justamente, la fundamental diferencia que existe entre el trabajo de la mujer campesina y el de la que habita en los pueblos.

Si nos ponemos a pensar en las diarias ocupaciones de la mujer que vive en la ciudad o en el pueblo (excluyendo el caso particular de la esposa del comerciante o del artesano, que han de ayudar a su marido en el trabajo), encontramos que esta mujer puede perfectamente separar sus quehaceres domésticos diarios de los trabajos de su esposo. El hombre tiene sus horas fijas de labor. De acuerdo con este horario se arregla el de las comidas y, en el tiempo intermedio, la mujer desempeña libremente sus quehaceres domésticos. Quizá no sucede siempre así; pero hemos querido presentar el caso más fácil para mejor deslindar las diferencias.

Por el contrario, en el campo la mujer no puede arreglar el trajín doméstico independientemente de los quehaceres agrícolas, pues aquí unas atenciones dependen directamente de las otras y